

GUILLERMO SUCRE

TRANSPARENCIAS

No bañado sino penetrado de luz. No lo que nos refleja, sino lo que vemos. El cristal, no el espejo: una imagen vista sin través: nítida, pura, absoluta en sí misma, sin destello. Una imagen que es imagen. Un rostro que es un rostro— sobre todo por sus ojos, por su mirada.

El agua, el aire, el cielo —cuando la luz abre en él un espacio, cualquiera sea la estación; la copa —si alta y no muy densa, balanceándose, mejor, más remotamente— de los árboles; grandes redes esparciéndose, circulares, sobre la superficie atardecida de un río; la ciudad, el rincón de una ciudad —calle de piedra y musgo o enladrillada, el ramaje sobre los muros de un solar, la brisa incipiente— surgiendo en el amanecer y nosotros despertando. Materia que es materia, fluyente. Imágenes, no símbolos.

Anochecer en un bar, cerrado, más bien penumbroso, de algún modo oceánico, rodeados de una botillería coloreada, rostros entrevistados, voces, tal vez una música, y comienza la navegación de los sentidos, de los recuerdos. Percibir (¿tocar?) un cuerpo desnudo en una habitación de cortinas corridas, y afuera es el verano, el sol está en su cenit o ya declinando, las hiedras trepan, cubren los muros, y en el interior (es una mansarda) todo respira una frescura cálida, sombra y humedad de helechos (de un patio de mi infancia). Experiencias, no figuraciones.

El tiempo es una ráfaga. Es también una hoja suspendida entre el verano y el otoño, que nunca veremos caer. La respiración en vilo no admite arrebatos ni memoria. Somos lo que es el animal sobre la tierra: la costumbre de ir devorándose en su propia piel. La luz nos frota como la arena en una playa donde nos vamos quedando solos. Con el mar y la noche. El viento. La sal que secretamente se extiende.